

Ramón Valenzuela (1)

## Juan Ralo (2)



En las noches de otoño, los trabajadores, los inquilinos y medieros del fundo Peñalkin, se instalaban a merendar, bajo unos corpulentos y frondosos olivos que circundaban la casa de Ramiro Vandal.

Algunos recibían su ración por separado, pero otros comían en grupos de tres o cuatro, en grandes fuentes de greda. Esto según fuera la intimidad entre sí.

Aparte de las raciones a que tenían derecho y que la Juana María, les repartía sin mezquindad, ellos por su cuenta encendían grandes fogatas, en las que cada cuál asaba el fruto de su agrado.

Unos preferían los choclos, otros las papas. Y no faltaban partidarios del zapallo dulce y aromado de aquellas tierras.

Estas golosinas, eran a manera del postre campesino, de que podían disfrutar en la época de abundancia, en que las cosechas y frutas del fundo aun permanecían a campo abierto, y que por otra parte, el patrón no les limitaba. Por el contrario, Vandal sentía cierta complacencia en ver a su gente alegre y dicharachera.

Peñalkin era una vieja heredad, y el único fundo de alguna importancia en la región. Los vecinos circundantes, eran peque-

---

(1) Nació en El Empedrado (Maule) en 1893, ha sido dibujante, hombre de empresa y principalmente, un narrador verbal prodigioso. En 1947, obtuvo el premio «Sindicato de Escritores», con su tomo de cuentos «El abuelo Pahuil».

(2) Inédito.

ños agricultores que subsistían merced a la extensión de las tierras de Vandal a quien, hasta cierto punto, rendían vasallaje.

En épocas remotas, acaso, desde los primeros tiempos de la colonia, aquel pequeño cajón de cerros agresivos y casi inaccesibles, había sido el asiento minero de algunos aventureros, en su mayoría españoles, que luego de haber agotado los veneros auríferos, optaron por radicarse definitivamente allí, atraídos por la benignidad del clima y magnificencia de sus frutos. De acuerdo con las tradiciones que aún rememoran, formaron una comunidad agrícola repartiéndose las tierras con sabia ecuanimidad, respetándose religiosamente sus derechos y constituyendo una existencia plácida y patriarcal, que ha perpetuado la raza y sus tradiciones.

Fueron godos o castellanos, que rara vez se mezclaron con los nativos. Aún conservan la pureza de su estirpe y su idioma. Son creyentes y supersticiosos; hospitalarios y generosos. Hablan el lenguaje de Sancho y don Quijote. Son, en realidad, sobrevivientes de la antigua raza española, que dió conquistadores, cruzados y aventureros.

En Peñalkin, según estas buenas gentes, nadie muere de muerte natural, sino víctima de los brujos y hechiceros, que allí tienen su reino.

Aquella noche bajo los olivos, presidía la tertulia, don Ambrosio Loyola, viejo centenario, a quien le hacían compañía, hijos y nietos, y acaso algún bisnieto. Era la época de la vendimia y la concurrencia había sido numerosa. En las cumbres de los cerros y quebradas montañosas de Peñalkin, un zorro cantaba plañidero. Al oír su grito, todos guardaron silencio. Don Ambrosio hizo la señal de la cruz, y los demás lo imitaron como en un fervoroso ritual.

Cirilo Loyola, muchacho de unos doce años, nieto de don Ambrosio, y actual ovejero del fundo, preguntó dulce y respetuoso a su abuelo,

—¿Por qué la zorra canta siempre a esta hora agüelo?

—¡Cállate niñillo preguntón!... Esas son cosas que vos no «habís de saber!».

—¿Por qué aguelo Ambrosio?

—Porque esa zorra no es na zorra, niñillo mal criaio!

—¿Y qués entonces agüelo?

—Persínate de nuevo y te lo voi a contar paque aprendai a conocer los castigos de Dios nuestro señor!

Don Ambrosio y todos con él, vuelven a repetir la ceremonia.

En la serenidad del silencio campesino, sólo se oía el rezar de los sapos y el estridente trinar de los grillos. A intervalos y en la lejanía, el zorro persistía en su cantar.

Los dedos rudos y sarmentosos del viejo, liaban un cigarrillo con tabaco de su cosecha, en hoja de maíz. Luego toma un tizón de la fogata y lo enciende. Lo chupa y escupe... Por fin inicia el relato.

—Pa que vós niñillo propasao, sepai que hay cosas que no sián de preduntar a sus mayores, esa zorra que canta todos los años en la cuaresma, nuésná zorra. ¡Es un alma en pena, y han de pasar muchos siglos, antes de que Dios nuestro señor la perdone! ¡Sus pecaos fueron tan tenebrosos, que tal vez nunca la perdone!

El niño Cirilo, poseído por un estupor misterioso que aún no comprende, pero que instintivamente en su alma infantil presiente, con mirada desorbitada y anhelante, interroga al anciano...

Los demás guardan silencio. Muchos de ellos conocen el trágico pecado de aquella zorra que antes fuera León y que andará por siglos en pena. Con los ojos clavados en tierra, están mirando el drama horrendo del parricidio, allá en la montaña de «Las Murtillas». Ellos conocen el roble añoso y torcido en que Juan Ralo ahorcó a su padre. El árbol está allí. Nadie se ha atrevido a cortarlo, porque acaso al tajo del hacha, la herida vierte sangre o porque al herirlo, temen que sus raíces se lamenten. Todos pasan y lo miran soslayadamente como para no verlo. Nadie se cobija

en su sombra. Ni las bestias en días de vendaval buscan su amparo.

Lo aharcó porque él nació bandolero y su padre no supo evitarlo.

De todos los salteos y asesinatos, porque hoy lo persiguen, hace responsable al viejo y lo mata...

Leandro, el primogénito de don Ambrosio, rompe el silencio.

—¿Ud. mi paire, conoció en viá al pobrecito?

—¡Ni más ni menos qu'este niñillo era yo, cuando lo conocí!

—Entonces no habían ná ovejas en este fundo. Habían no'más que cauras... Yo era el caurero... En esos años, el patrón era el fino don Agustín, agüelo de don Ramiro, que no se le parece sino en lo carauteroso. El era quien mandaba en todos estos contornos. Estos jutres siempre han tenío mucho mando.

Don Agustín, era un caballero muy bizarro y bien plantao. Tenía unas fuerzas, que cuando le ponía el lazo a una bestia chúcará y le plantaba la sujetá hastaí nomás le duraba el coraje al animal.

—¡Este don Ramiro, tamién es harto gallo!, intervino Pedro Medel.

—Asina me contaba m'hijo Liandro, el otro día, repuso don Ambrosio.

—¿Ud. no estuvo ná en la trilla de oña Filumena, primo Ambrosio?

—¡No, mire... Ese día fuí ayudale a cortar el trigo a mi hijo Cipriano que anda muy atrasao, el pobre.

—¡Ese fué un día muy lindo, primo Ambrosio! El jutre de Name qués tan fachendoso y bromisto, andaba con ganas de dirversión y le preduntó al patrón Ramiro si aquí en el fundo había alguno que juera capaz de lucharle una arroba de chicha. El patrón me miró a mí y me dijo...

—¿Oye Pedro, te animás a lucharle una arroba de chicha a Miguelito? ¡Si vos la perdís, yo la pago!

La verdad es que yo miedo no le tenía ná al jutre... Pero luchar con los jutres es pa quiar mal. Si uno les gana, la picazón no se les acaba nunca y después lo friegan por cualquier lesura.

Por eso, le dije al patrón que no me animaba ná...

—¡Güeno con los gallos que tengo aquí!, me palabrió el patrón Ramiro.

—¡Ya que no te animás a lucharle, sácame las espuelas porque no se dirá que aquí en Peñalkin nuai quien se anime a luchar con el dueño de Name!

¡El jutre don Miguel miró en bien poca cosa al patrón Ramiro! Mientras yo les'etaba sacando las espuelas, don Miguel se reída.

Entonces, el patrón se picó y le dijo:

—¡Oye Miguelito! ¡Conmigo no vas a luchar ná arrobas de chicha! ¡Elige uno de mis caballos en contra del tuyo, y eso vamos a luchar!

Don Miguel se golvió a reír del patrón. Parece que confiaba muchazo en su cuerpá. Pero cuando vió que don Ramiro se sacaba la chaqueta y la cosa era en serio, tamién le dijo a su mozo que le sacara las espuelas.

Después se sacó el rególver y lo colgó en la estacas de la era.

Pero antes de tramarse le dijo al mozo:

—¡Oye José! Pónele el lazo al caballo alazán de don Ramiro, mira que agora va a ser mío. Esta vez el que se reída era el patrón Ramiro.

Ligerito, no más, se agarraron. Al principio parecía que don Miguel iba a quiebrar al patrón tan flacuchento y huesudo. Pero el hombre se le encachó, y el don Miguel se dió cuenta que no estaba trillando ná con yeguas robás. Al poco rato, llegaban a abrir camellones en el suelo aónde echaban las afirmás. Zamarrión y zamarrión, y niagua. Cuando habían forcejiao bien harto rato, don Miguel se veida bien cansao. Y esta fué la que

aprovechó el patrón. De repente le mandó el cimbrón y le dió el manso porrazo...

Y hay mesmo siacabó la pelea.

A todo esto, el José ya tenía el alazán pescuesiahíto pa llevárselo el niñazo. Al patrón no le salía el habla de lo cansao que estaba. Pero al fin largó la carcajada y le dijo al José:

—¡Oye niño! Lárgame ese caballo al potrero y sácale la montura al que era de tu patrón y tamién lo largay pa que coma, porque a mí me gusta cuidar mis caballos.

—Los jutres Vandal, fueron siempre muy hombrazos, afirmó don Ambrosio.

Pero como el finao don Austín no creo que haiga ninguno.

Esa vez que el finao Juan Ralo, el hombre más temío de toos estos contornos, llegó a la esplanaa de «Las Vigas» aonde yo pastoriaba mis cauras, iba acompañado de dos jinetes más. Toos tan bien montaos que parecían mesmamente jutres ricos. A la primera vista que les pegué me parecieron ricos de la ciudá que venían a ver al patrón y que si habían extraviado del camino.

Cuando «El Ralo» se me acercó riendo y me dijo que rodiera las cauras, pa pescar las más lozanas, pude mirarlo bien de frente. Era un hombre tirao a rucio, de ojos zarcos, pero al mirar tenía la fijeza del aguilucho y uno no podía resistile la mirá. La barba era crespa pero mala. Por eso lo llamaban «El Ralo». Pero la verdad es que su apelativo no era ná ese.

Yo rodí las cauras mientras ellos preparaban los lazos. Cuando las tuve toos bien apiñaítas, cada uno tiró la enlazá. ¡Y qué la iban a errar los condenaos! Los tre laciaron la suya. ¡Pero pa mala suerte mía, uno d'ellos lació la mía. Era una caurita overa muy donairoosa que mi había donao el patrón en la primera parición.

Yo me puse a llorar por mi clavela quiera tan engañaora como un cristiano. Yo la tenía muy aguachaíta.

Cuando me vieron llorando, «El Ralo» me miró riendo y me preduntó:

—¿Por qué estay llorando niño tonto?, me dijo.

—Pa qué se llevan mi clavela, habiendo tantas otras, le ije yo.

—¿Entonce la clavela es tuya?, me ijo él.

—Sí señor le ije yo. Me la donó el patrón pa que hiciera cría...

—¡Lárguensela niños!, les ordenó «El Ralo». ¡Y pesquen otra!

Y asina lo hicieron. Yo quedé contentaso y la clavela tamién. Parece que'l animalito sabía que si había librao de la muerte. Balandando y corriendo se vino pa onde yo estaba.

Cuando cada uno amarró su caura al anca, los tres echaron pie al estribo pa irse. Pero «El Ralo» a manera de despedía me ijo:

—Decile a tu patrón Austín, que Juan Ralo, estuvo aquí y se llevó tres cauras, y que si quiere que se las pague, que venga aquí mesmo el viernes a medio día en punto. Que venga solo, porque yo voy a venir solo. Las cuentas entre hombres se arreglan solos.

—Güeno le ije yo y se jueron.

Esa noche llegué llorando aquí, porque creida que el patrón me iba a pegar porque mi habían quitao las tres cauras. Pero no jué ná asina. Cuando le dí el recajo del Ralo, el patrón Austín se mordió los bigotes. Después llamó a Juan Miguel Garrió, qui era el capataz del fundo. Lo que hablaron entie ellos no lo supimos ná nosotros. El hecho es que Garrió salió esa mesma noche pal puerto con carta del patrón. Tal vez juerían pa las autoridás, porque a media noche siguiente yo y lo demás que alojábamos en la troja, principiamos a sentir el traqueteo de la caballada en que venía la gendarmería. Pero la verdá es que naiden se animó ni asomarse siquiera pa ver lo que pasaba.

El patrón era tan reuto, que a l'hora que pilla alguno novediando, ai mesmo le soba la badana. Lo curioso fué que al

día siguiente no vimos gendarmes ni caballos. Sólo quedó la rastrería de las bestias herrás. Pero como al finao don Austín no se le iba niuna, esa mañana los juntó a toos y los dijo:

—El que haiga visto o sentío llegar gente que no es de estos lugares, no ha visto ni sentío naa y el que haiga sentío y lo cuente, a ese le saco el oire a azotes y lo mando cambiar del fundo.

Con esta advertencia quien iba a ver naa, toítos quedamos sordos y ciegos. Yo me fuí como siempre con mis cauras pal cerro de «Las Vigas».

Ese día no vide un alma por esos contornos. Cuando llegué en la tarde, el patrón me llamó y me preduntó si había visto a alguien:

—A ningún cristiano hai visto por las montañas, le respondí yo.

—Asíes, me ijo ¿qué no habís hablao con naiden?

—Nomás que con mis cauras, patrón.

—Está bien, me ijo él.

Esa noche dormimos tranquilos. Ni los perros lairaron siquiera. En la mañana, como siempre golví a salir con mis cauras p'al cerro.

Pero han de ver ustedes que aunque yo era niño, mientras arriaba mi piño sentía corazonaas de que aquiel día sería de fataliá pa alguien. Y así no más jué, como lo van a ver ustedes más ailante.

Cuando el sol estaba paraíto en las copas de los robles y no daba sombra pa ningún lao, apareció el patrón Austín montao en un caballo negro tapao, que llamaban «El Tordo». Era la bestia más valiente y de mejor rienda que yo hai conoío. No había animal que le hiciera collera en estos lugares. Yo recién m'estaba comiendo mi ulpaíta di harina:

—¿Qué hubo?, me ijo el patrón. ¿Tuavía nu ha llegao «El Ralo»?

—No, le ije yo, pero por los montes han gritao mucho las tutas y los zorzales; y esa es seña de que andan cristianos por ahí

—Asina a de ser, me ijo. Luego se desmontó y se ganó a la sombra del mismo roble en que yo sombriaba. Le aflojó la cincha a la bestia y se puso a jumar. No llevaría la mitá del cigarro jumao, cuando apareció el Juan Ralo montao en un caballo colorao retinto. ¡Había que ver la estampa de aquiel hombre y su bestia! ¡Parecía que los caballos y los jinetes habían nacio, el uno p'al otro! Apenas lo vislumbró el patrón Austin le apretó la cincha y montó en su «Tordo» pa salirle al encuentro. A mí se me quitó l'hambre y me puse tiritón. No habrían más de veinte trancos di a'onde yo estaba, cuando se encontraron. Los dos se pararon con las riendas firmes cuando estuvieron a un cuerpo de bestia por medio.

—¿Cómo le va don Austin?, le ijo el Ralo.

—A mí me va siempre bien, le ijo el patrón. Pero yo no hai venfo pa informate de mi salú, sino pa arreglate las cuentas que tenemos pendientes.

—A eso mesmo hai venfo yo, le respondió «El Ralo». Yo nací en estas tierras y me crié en ellas, pero Ud. nunca me ha dejao tranquilo. Cada vez que hai güelto a ellas me ha persegüo como a bestia dañina. Yo no se por qué es tanto encono.

—Y no pararé hasta mandarte al infierno, bandío, ladrón y asesino de tu padre, le respondió don Austin.

—Cada uno nace con su estrella, y hace en la vida lo que Dios tenia determinado que hiciera, le contestó «El Ralo».

—¡Güeno!—Yo no necesito recibir leuciones de asesinos, le ijo el patrón. Y pelando el alfange, se le fué encima.

El Ralo afirmó su bestia con las espuelas y l'hizo el quite dando la regüelta con el machete en alto. Don Austin también dió la regüelta, y los caballos se dieron un encontonazo tan tremendo, que los jinetes anduvieron perdiendo los estribos, y ninguno acertó el mandoble, con que tiraron a bandiarse.

Los dos golvieron con la rapidez del viento, pero las bestias ya se había ensorbebeció y pasaron, una junta a la otra, como un bolio.

Esta vez parece que don Agustín alcanzó al Ralo con la punta del alfange, en el hombro zurdo, porque éste dió un bramío como toro. El quejido del bandío, jué como la señal pa que aparecieran los gendarmes por toos lo laos pa rodiarlo, pero él los alcanzó a ver y disparó más ligero que un venao en direución del monte que bordeaba el risco. Aquí el retinto no le obedeció, pero él desde la montura saltó a la profundidad y se perdió entre los quilantales. Los gendarmes tamién llegaron hasta allí, pero ninguno hizo amago de repetir la hazaña.

Cuando don Agustín y el jefe de los gendarmes llegaron al borde del alcantilado, conversaron entie ellos y luego se desmontaron y se descolgaron por la quebrada. Al poquito rato el monte principió arder por la parte norte. El fuego agarró risco arriba ayudado por una brisa de travesía. En un instante las llamas agarraron cuerpo y la sonajera de los liñes y los canelos era mesmamente como un baleo. Las torcazas y las perdices principiaron a volar espantadas por el estruendo de aquel infierno.

Los gendarmes caminaban a parejas con el fuego y con los fusiles listos para disparar, pero del risco no salían más que los pájaros aterrorizados.

Don Agustín golvió a onde yo estaba con el caballo del Ralo de tiro. Sobre la pellonera blanca de oveja guentre, había quedao una gran mancha de sangre. El patrón me lo entregó y me ijo:

—Ahí tenís el pago de tus cauras.

Después llamó a Garrió y a dos gendarmes y les ordenó ponerse en la punta sur de la quebrá por si el Ralo escapaba por allí. A too esto el fuego ya había barrío gran parte del monte sin que el perseguío apareciera por ninguna parte. Yo tamién me fuí al lugar en que se encontraba Garrió, aunque allí el calor era insufrible. El mentao risco de «Las Murtillas» se había quemao de punta a punta. Sólo quedaban unos pocos matorra-

les, cuando sentimos una sonajera de ramas secas que se quebraban. Los gendarmes apuntaron sus fusiles en direuición al punto por aonde aparecería el fugitivo. Todos teníamos el alma en suspenso, cuando apareció un lionaso de ojos ardientes y con la cola arriscá, escapando como un demonio. Naide atinó a disparale. Garrió se persinó y los gendarmes hicieron lo mesmo.

—A este hombre que tiene pauto con el demonio, no lo agarrá naide, dijo Garrió. Ahí lo tienen agora convertío en lión.

Cuando llegó don Austín y el jefe de los gendarmes, preguntaron si no había aparecido el Ralo por esa punta.

—¡Claro que por aquí se escapó el condenao, pues señor!

—¿Y no le dispararon ustedes?

—¡Y quién le puede disparar al demonio, su merced!

—¡No ve que se golvió lión!

El patrón Austín se quedó pensativo: y después dijo:

—¡Juan Ralo, como hombre ya no existe!